

Crónica de una dádiva rebelde

Daniel Serrano

Personajes:

Tadeo.

Ramírez.

Puta de 65 años.

Marmolejo.

Mesero.

Rómulo Velarde.

Fernando del Hoyo.

Lula Pedroza.

Antonio Vega.

Salvo Tadeo y Ramírez, los demás personajes pueden ser interpretados por un actor y una actriz.

Tadeo es un hombre de 54 años. Viste generalmente pantalones jeans y alguna playera polo.

Tadeo: Veo, camino. Frente a mí, además de ese telón negro lleno de estrellas y de nubes, se forma una vía sinuosa, pedregosa, que se alarga cada vez más con la copiosa lluvia que lima los bordes del sendero y que lo hacen más adrenalítico. Los relámpagos iluminan el camino. Los silenciosos son los más desconfiables, porque no se sabe la razón de su presencia. Los otros, los que rugen, a eso vinieron. ¡Líbranos del agua mansa, señor! Maldigo a Dios porque soy ateo y no creo en esas

cosas. Quisiera más relámpagos poco fiables para que no perturben mis nervios, ya de por sí mermados por el inevitable encuentro que voy a tener con el conde Ramírez. Lo conozco, lo he visto, lo he oído incluso, y puede ser tenebroso. Tan tenebroso como insoslayable para estos trámites vitales. Sin el conde Ramírez, este Tadeo no sería Tadeo. Empezó como un lacayo, pero cada vez que salvaba un obstáculo burocrático, lo fui ascendiendo, hasta llegar a conde. Ahora, el grandioso Ramírez está esperándome con toda la perorata procesada para lograr meter a concurso mi nueva pieza dramática. O lo que es lo mismo, ya leyó la convocatoria por mí, y ya tiene todo listo para que yo dé el visto bueno y se mande en pos de un contentillo de jueces que deje, deja tu una publicación, ¡una lana para sortear ahora las exigencias de la vida, de la sociedad, y del capitalismo fastuoso que presumimos! Pero por lo pronto, yo tengo que lidiar con las inclemencias del tiempo en esta carroza en la que monté mi humanidad, rezándole a los santos, en los que no creo, para llegar vivo a la mansión del conde.

En realidad no hay tal mansión. Es una casa de interés social, en una colonia antisocial, en la que los hoyos en el pavimento me remiten a aquellos caminos transilvánicos llenos de murciélagos devoradores de carne humana.

Ramírez: ¡Maestro! ¡La obra es un portento! ¡No quiero decirle que es su obra maestra porque temo que no escriba más!

Tadeo: Tiene razón Ramírez. Si escribo mi obra maestra, ¿después qué escribo?

Ramírez: Me parece que el diseño de los personajes es apoteótico.

Tadeo: ¿No te parece que es muy... aristotélica?

Ramírez: ¡Aristóteles estaría muy orgulloso de etiquetar esas letras tuyas convertidas en didascalias y parlamentos eximios!

Tadeo: Has estado leyendo el diccionario de sinónimos, Ramírez.

Ramírez: Ya voy en la jota.

Tadeo: Cuando Ramírez me ve con lágrimas en los ojos, pienso que será como aquel amanuense de Shakespeare que pasó a la historia por ser el primer lector del poeta inglés. Nada más por eso. Así el conde Ramírez conmigo. (A Ramírez)
¿Cuánto nos vamos a ganar esta vez?

Ramírez: ¡Maestro! ¡Esta vez no va a haber manera de que pierda!

Tadeo: ¡Vamos por todo, mi querido conde! ¿Van a ser 150 mil pesos?

Ramírez: ¡Ya lo subieron, maestro! Y además pusieron una cláusula para que ya no pudieran ganarlo quienes ya han sido premiados.

Tadeo: ¡Qué mierda!

Ramírez: ¿Por qué?

Tadeo: ¿Yo no lo he ganado?

Ramírez: Este no, maestro. ¡Ahora son 250 mil pesos!

Tadeo: ¡Chingón, conde! (*Transición*) ¿Entonces no hay peligro de que la empedernida mujer, cuyos talentos no están en la simpatía, me gane esta vez?

Ramírez: ¿La chichona?

Tadeo: Y el conde se puso una mega peda conmigo, hasta que nos cansamos de hablar como intelectuales y nos sinceramos nada más en el lenguaje.

¡Conde, chingue a su madre! Si esta obra no gana, seguramente será porque ese cabrón de Rómulo Velarde volvió a hacer brujería para volverlo a ganar.

Ramírez: Rómulo ya no puede participar. Gracias a él, pusieron esa cláusula de que los ganadores ya no pueden volver a entrarle.

Tadeo: Y la chichona, lo que le sobraba de teta, le faltaba de nalgas.

Ramírez: Ya son dos competidores menos, maestro.

Tadeo: ¡Chingón!

La peda estuvo más que de antología. Mejor que cualquier reseña de Fernando del Hoyo. Así de jodida. Así quedamos. Con un hueco en el esófago de tanto alcohol y de nimio alimento, pero con el gusto de que pronto podríamos repetir la experiencia beoda, pero con vino de mejor calidad.

Ramírez: Ganó Rita Reyes.

Tadeo: ¿Quién?

Ramírez: Rita Reyes.

Tadeo: ¿Y esa quién eso?

Ramírez: Maestro, fue su novia durante dos años. ¿O fueron tres?

Tadeo: ¡Putá madre! ¿Quiere decir que yo le enseñé?

Ramírez: Pues sí. Puede ser.

Tadeo: ¿Rita Reyes me ganó?

Ramírez: El jurado estuvo pinchísimo, maestro.

Tadeo: ¡Putá! ¿Entonces quién dices que me ganó?

Ramírez: Rita.

Tadeo: ¿Rita Reyes? ¡Esa morra fue mi vieja!

Ramírez: Sí. Eso dicen.

Tadeo: ¡Yo te lo aseguro! ¡Putá madre! ¿Le habrán regalado el premio?

Ramírez: ¿A Rita?

Tadeo: ¿Qué Rita?

Ramírez: ¡PUTA MADRE, Rita Reyes, esa que hace teatro para bebés!

Silencio. Profundo. Tadeo, desencajado. El mundo se viene abajo. El techo del teatro donde se presenta la obra se hace pequeño. La opresión en el pecho es mortal.

Tadeo: Hay ocasiones en la vida que uno no siente las pantorrillas. Que sólo cae de lo más alto, como si viniera en un tobogán totalmente vertical y sin agua, a aterrizar en una alberca... no, no en una alberca... ¡en un océano de mierda! Las palabras escupidas de la putrefacta cavidad bucal de Ramírez infestan el ambiente como si fuera un virus mortífero. ¿Qué reverenda mamada es eso del teatro para bebés? ¿Qué no se supone que los bebés solo quieren dormir, comer y cagar? Si no quieren ver teatro los adolescentes, ¿quién les dijo a estos pendejos del jurado que lo mejor era darle volantín a una obra para bebés? Ramírez corre por toda la minipinchisala de su departamento como si estuvieran invadiéndonos los extraterrestres y nos fueran a coger a todos. Yo siento un disparo de adrenalina en la parte baja del estómago que me empuja hacia la pared. Que me embarra en ella, que me hace ser parte del horrendo tapiz grasiento de los cincuenta que decora el castillo del conde Ramírez. ¡Teatro para bebés!

Ramírez: Pero estamos a tiempo todavía, maestro, de meter un proyecto al Sistema de Apoyos a la Cultura que da el gobierno.

Tadeo: A esa tal Tirsa yo la enseñé a escribir, ¡y ahora sale con eso!

Ramírez: Es Rita, no Tirsa.

Tadeo: ¡Ahora resulta que para tener éxito en este puto país vamos a tener que escribir teatro para bebés! ¡Porque seguramente el corrupto y patético ese de Fernando del Hoyo será otra vez jurado del Sistema ese de Apoyo a la Cultura y me va a volver a chingar!

Ramírez: Yo me conformo con que no haya un infarto de por medio.

Tadeo: Siempre es lo mismo. El entusiasmo por el concurso, y luego la decepción por la derrota. Porque siempre me gana un cabrón que no tiene mi nivel. Y claro, el discurso esperanzador de Ramírez, al borde el cataclismo, en el séptimo círculo de la beodez, diciendo que así como se gana, se pierde.

Ramírez: ¡Ganaste, maestro! ¡Eres miembro del Sistema de Apoyo a la Cultura!

Tadeo: Del infierno a la gloria. Estos cambios de estado emocional van a terminar conmigo.

¡Gané, conde Ramírez! ¡Ganamos!

Ramírez: Claro, el rompimiento con el neoliberalismo y la bandera del progresismo en boga, le va a tocar la tercera parte de lo que daban los gobiernos neoliberales.

¡Así que todo redondo!

Tadeo: Siento un estremecimiento en mi plexo solar. Una especie de ruido que nada más yo escucho y que acompaña a mi alma atormentada por el voto que deposité con tanta ilusión, porque este país ya no podía tocar más fondo, y ahora sí, con un presidente progresista, pues resulta que la boga de la cultura y las artes sería histórica. ¡Y ahora resulta que nos van a bajar la suministración mensual a la mitad!

Ramírez: Pero va a hacer lo que le gusta hacer.

Tadeo: ¡Ufff! Menos mal.

Y entonces me entra lo valiente y pienso que podría ser un buen momento de darle un giro de 540 grados a mi dramaturgia

¡Ramírez! Necesito que me digas la verdad.

Ramírez: Ni en sus peores pesadillas yo le diría una mentira.

Tadeo: Esa es la mentira más grande que sospecho que me ha dicho el conde. No porque nunca me haya mentado, sino porque siempre me dice que no me miente, y eso es prácticamente imposible.

¿Crees que es un momento adecuado para darle un giro a mi carrera, y digamos... escribir posdrama?

Se hace un silencio tan profundo como las peores pesadillas del animal oceánico más milenario de la historia de la humanidad. El conde se congela. Sus talones giran y por lo tanto hacen girar su humanidad. Cuando le pido algo que no sabe cómo lo va a hacer, se frota las manos y dice: "ahorita nos lo echamos". Eso significa que Ramírez no tiene la más mínima idea de cómo chingados resolverlo. Sin embargo, ahora se abisma. ¿Estará sufriendo un accidente cardiovascular? ¿O por primera vez en nuestra historia lo sorprendí?

No es para que te pongas así, mi estimado conde. No sería tan radical el cambio. Algo leve, para apantallar pendejos. Es decir, que los personajes cuenten cosas, pero que al mismo tiempo tengan diálogos con los personajes que se hacen presentes a través de lo que narra el susodicho. Prometo que mis personajes no van a aplaudir lentamente. Tampoco van a aplaudir rápido. Y haré una propuesta final para que los actores se vean obligados a salir a recibir los aplausos, ¿cómo ves?

Ramírez está ahora paralizado. Empiezo a preocuparme por su salud. Si se queda idiota, me va a complicar la existencia con todo este papeleo que la vida sublime del artista necesita.

O para no irnos a los extremos sanguinarios, quedémonos en un extremo hemofílico, y escribamos, mi querido conde, ¡teatro narrado!

Ramírez vuelve a tener nauseas. Los ojos le giran como caricatura de película de terror. Está a punto de ahogarse en su propio sudor. Pienso que fui demasiado rudo con él, y que no se merece mi crueldad extrema que lo puede llevar al infierno de los asistentes de genios incomprendidos.

Ramírez: Es que en el proyecto que presentamos no puse nada de eso de que iba usted a escribir posdrama. Menos teatro narrado. ¿Qué es esa mamada?

Tadeo: Pero podemos cambiar el estilo, ¿no? ¿O te pusiste también muy aristotélico en el proyecto?

Ramírez: ¿Muy ortodoxo quiere decir usted, maestro?

Tadeo: Yo revisé el proyecto antes de que lo mandaras, ¿no?

Ramírez: Supongo.

Tadeo: ¿No estás seguro que lo revisé?

Ramírez: Supongo.

Tadeo: ¿Supones que sí o supones que no?

Ramírez: Supongo que me gustaría tener la certeza de que lo hubiera revisado, usted, admirado maestro, pero...

Tadeo: ¡Me dijo "admirado"! ¡Putá madre! ¡Quiere decir que no revisé el proyecto! ¡Quiere decir que este conde asistente mío la cagó y ahora no sabe qué chingados decir! ¿Pero qué pudo haber puesto que no se pueda remediar dándole un giro sutil al proyecto que incluso me haga parecer un genio?

Ramírez: Es muy importante que sepa que recibimos una carta donde el jurado mostraba su gran entusiasmo por el proyecto que Usted había presentado, y dijeron que ellos personalmente le iban a dar seguimiento, porque el proyecto era

excepcional, y pienso yo que un proyecto excepcional en manos de un dramaturgo excepcional como usted, adorado maestro, será el parteaguas del teatro mexicano.

Tadeo: ¡Este grandísimo pendejo me dijo "adorado"!

Ramírez: No revisó Usted el proyecto, maestro. No había tiempo.

Tadeo: ¿Se te hizo tarde para hacerlo?

Ramírez: No. Pero si se lo mandaba, sí.

Tadeo: ¡Explícate, cabrón!

Ramírez: Pues que últimamente usted se tarda cada vez más en revisar un proyecto. Ha de ser la inseguridad que causa cumplir años y no lograr lo que se propuso uno en su tierna juventud.

Tadeo: ¿Qué mamada es esa, Ramírez?

Quería llorar. Él. No yo. Quería agarrar una botella de alcohol, y vaciarla en la lúgubre garganta. Yo. No él. Todavía no sabía que estaba pasando, pero la tensión -una tensa calma, dicen los lugarcomunistas- se podía cortar con un hilo dental.

Ramírez: Como siempre se trata de hacer una trilogía.

Tadeo: ¡Perfecto! ¡El panorama no es tan gris!

Ramírez: La primera obra es la historia de un asesino serial que se comía a sus víctimas.

Tadeo: ¡Bonito!

Ramírez: La segunda obra es sobre una prostituta que mata a sus clientes atrapándoles el pito con una trampa para osos.

Tadeo: ¡Me parece muy tierno!

Ramírez: La tercera es un enano asesino que tiene mucho pegue con las mujeres de más de uno ochenta de estatura, y que una vez que se casa con ellas, las mata

machacándoles la cabeza, y nunca lo atrapan porque siempre comprueba que su estatura no le da para llegar a esas féminas tatemadas.

Tadeo: ¿Y entonces cuál es el pedo, Ramírez? Todo eso está en mi línea. Lo único que hay que hacer, es hacerlo posdramático. Indicar unas pausas larguísimas, mientras uno de los actores habla de su infancia... La del actor, no la del personaje. ¿O ya estoy confundiendo las teatralidades?

Ramírez: Lo que los entusiasmó, es justamente los temas combinados con el género teatral en el que los va a hacer.

Tadeo: ¡Los géneros ya no existen, conde!

Ramírez: ¿Y qué es el teatro para bebés entonces?

Silencio.

Tadeo: Silencio.

Silencio.

Ramírez: Silencio.

Silencio.

Tadeo: Cuando terminamos la discusión, le advertí al conde que en ese momento no nada más perdía su título nobiliario, sino que no lo quería volver a ver en mi puta vida, y en su inmundada existencia. Que si me lo encontraba en la calle, lo iba a apuñalar, o a atropellar, o me iba a comer sus asquerosas entrañas aunque yo mismo me muriera de septicemia.

Caminé varios días por el centro. Me hundí en los peores laberintos de la noche inmunda. Dormí en la calle, comí en los basureros, contraté una puta de 65 años, y cuando no pude ejercer, le terminé contando mi desgracia. ¡Me habían dado la beca

del Sistema de Apoyo a la Cultura con una trilogía de asesinos seriales espantosos, ¡pero en teatro para bebés!

La puta de 65 años lloró conmigo. No entendía ni madres, pero sabía que estaba ante el momento más desgraciado de la vida de un hombre. Se ofreció a llevarme a que me hicieran una limpia con una comadre que tenía en Iztapalapa. Que ella lo pagaba, que no me preocupara.

Putas de 65 años: Se nota, mijo, que sufriste mucho desde chico. Y es que así es la vida de culera, mijo, todos vinimos a ser felices a este mundo, y aunque todos nos lo proponemos, pues resulta que nada más unos lo logramos, mijo. Se nota desde lejos que tú naciste con el espíritu de la desgracia, y claro, ella te puede sacar desde el fondo de tu corazón tanta maldad que te implantaron, mijo. ¿Quieres?

Tadeo: ¿Tú crees que yo nací para otra cosa?

Putas de 65 años: Tú naciste para triunfar. Y no has triunfado. Y te queda poco tiempo.

Tadeo: ¡Ah cabrón!

Putas de 65 años: ¡Estás muy viejo!

Tadeo: ¡Si nada más tengo 54 años!

Putas de 65 años: ¡Qué puteado te ves!

Tadeo: Nunca, ni en mis peores pesadillas, imaginé encontrarme en este punto.

Putas de 65 años: ¿En cuál?

Tadeo: Salí corriendo. Me puse primero los pantalones, que era lo único que me había quitado, y salí lleno de vergüenza. No una, ni dos. ¡Tres obras de teatro para bebés tenía que escribir! ¡Y además con temática gore!

¿Y si no lo hacía?

La lista negra del Sistema para el Apoyo a la Cultura, o sea el SAC, es más despiadada que el buró de crédito. Con la diferencia de que la lista negra del SAC todo el mundo la conoce, y la del buró de crédito juega a la confidencialidad.

Putas de 65 años: ¿Y si hablas con ellos?

Tadeo: Eso me dijo la señora esa tan amable a la que hice llorar con mi desgracia. Súbitamente, al mejor estilo de un lugarcomunista, se vio un destello al final de aquel foso oscuro. Una luz que entró por una fosa nasal, y me estremeció la insufrible alma. ¡Claro! ¡En una de esas hasta perdonaba a Ramírez! Porque seguramente él sí sabía donde encontrar a esos cabrones que ya no me invitaban a sus obras, y mucho menos a sus fiestas... De pronto me descubrí preocupado por qué ropa me debería de poner en el supuesto caso que el “honorabilísimo” jurado me diera la cita. Habría que decidir si los agarraba a todos juntos o era mejor uno por uno.

¡Ya, Ramírez, no gimotees como huérfano en Navidad! Y entonces sí, Ramírez lloró.

Ramírez: ¿Cómo supo que yo de niño nunca tuve una Navidad medianamente decorosa?

Tadeo: Y me iba a empezar a contar su historia, cuando lo tuve que parar advirtiéndole que mi situación actual era mucho más terrible que las ausencias de papa Noel a su albor.

¿Dónde localizo al jurado?

Ramírez: ¿A cuál? ¿Al del SAC?

Tadeo: Mientras yo le quería contestar, Ramírez empezó a buscar en el más recóndito rincón de su cerebro la respuesta a mi cuestión. Sus dos preguntas en realidad fueron para ganar tiempo. Era cuestión de milésimas de segundos para que me contestara, porque como siempre, le urgía demostrar su competencia.

Suplía el conde Ramírez su falta de talento con su efectividad para los misterios de la gestión en México.

Ramírez: Lo puedo acompañar.

Tadeo: No nada más “puedes”, Ramírez; es tu obligación.

Ramírez empezó a pensar también si era pertinente agarrarlos a todos juntos o a uno por uno. Luego, a quién era más conveniente visitar primero, y cuánto tiempo teníamos para hacer las visitas a los tres templos.

¿Tres templos dijiste?

Ramírez: Pensemos, maestro, en que son dioses. Sólo como estrategia.

Tadeo: ¡El único dios del teatro habrá muerto si no conseguimos ese acuerdo, Ramírez!

Ramírez: ¡De acuerdo con ese acuerdo!

Tadeo: Le propuse a Ramírez que analizáramos a cada uno de los blancos. Pros y contras.

Ramírez: Rómulo Velarde, creo que es el más sencillo. Es muy naco, ignorantón, pero con muy buena suerte. Ha ganado todos los premios. Es pacífico. Tiene muchas ganas de hacer amigos, porque no tiene muchos.

Tadeo: Claro, se van perdiendo con el éxito.

Estuve a punto de empezar mi tan sabida perorata sobre las traiciones de los amigos a causa del éxito, pero Ramírez lo sospechó y aceleró el paso en la genérica y generosa descripción de Rómulo Velarde.

Ramírez: Le gusta ser útil, así que si le preguntamos su opinión al respecto, y le hacemos notar que la idea de cambiar el proyecto del SAC y en lugar de teatro para

bebés hacerle un gran homenaje a Aristóteles, tal vez Velarde acceda. Pero es muy importante, maestro, que él piense que es su idea.

Silencio.

Tadeo: Hice un silencio. Mientras más años cumplo, mejor me salen mis silencios. ¿Por qué Dios hizo tan pendejo a Ramírez para unas cosas y tan brillante para otras? El tipo es incapaz de escribir una escena medianamente decente. ¡Pero conoce las tripas de cada una de las alimañas del teatro nacional!

Ramírez: ¿En qué piensa, maestro?

Tadeo: ¡En la madre! No puedo decirle a Ramírez que estoy compadeciéndome de él por lo brillante que es para las estratagemas politicopedorrasculturales, y por lo pendejo para escribir!

Pienso, mi apreciado conde, que estoy en tus manos. Corrijo. Que me pongo en tus manos, porque admito tu osadía para navegar entre las llanuras infestas de astillas orgánicas.

Ramírez: ¡La metáfora, maestro! ¡Que no falte en su obra! ¡La poesía!

Tadeo: El estómago se me revuelve. ¿Cómo hacer poesía para bebés? Se lo pregunté a Ramírez. No es buena idea, porque se abismó. Se distrajo. Quiso buscar en su ya apretada mente la respuesta a tan pendeja pregunta. ¡Y lo logró!

Ramírez: Con sonidos, maestro. Con colores, con luces...

Tadeo: ¡Me enfurecí! ¡Tuve que interrumpirlo, porque temí que me convenciera! Tu estolidez, conde, te hace divagar en caminos que no te corresponden. ¡Esto tiene un límite!

La razón debe tener un confín... porque entonces damos al traste con el arte... porque la realidad entonces... empecé a titubear mentalmente... las palabras se me

diluían entre las neuronas, se volvieron sombras terroríficas y decidieron no juntarse unas con otras... Siendo así, no formaban una chingada frase congruente... Ni siquiera la más mínima...

Ramírez: Salvo su mejor opinión, maestro, creo que a Velarde lo debemos citar en algún Sanborn´s.

Tadeo: Nuevamente me atacó el “lugarcounmimiento”: ¿Es gay?

Ramírez: No, maestro.

Tadeo: ¿No tiene nada que ver?

Ramírez: No, maestro, eso quedó en el pasado.

Tadeo: ¡Perfecto! ¿Paga él o pago yo?

Silencio.

Tadeo: Estaba bromeando. ¡Ya sé que pago yo!

Ramírez: Le consigo la cita, maestro.

Tadeo: Hacía mucho que no veía a Velarde. La última vez que lo vi fue en... verás... ¿en qué estreno?

Ramírez: En el hospital, maestro.

Tadeo: ¿En el hospital?

Ramírez: Cuando fueron a ver a Marmolejo.

Tadeo: ¿Cómo estará?

Ramírez: Se murió:

Tadeo: ¿Marmolejo se murió?

Y de pronto se me vino el recuerdo de Marmolejo en su ataúd. Seguramente, por lo doloroso del recuerdo, había bloqueado esa parte de la muerte de Marmolejo. Y no entiendo por qué me pesaba tanto, porque a decir verdad, yo siempre odié a

Marmolejo, con su teatro sensiblero sucediendo en un departamento clasemediero de la ciudad de México. Alguna vez se lo pregunté a Ramírez.

Conde, ¿por qué será que el teatro de Marmolejo tiene tanto éxito?

El conde se encogió de hombros y luego lo soltó así nada más.

Ramírez: Pues porque es muy facilito de representar. Lo pueden montar desde los más grandes directores del país, hasta los escolares más insulsos y con menos aeropuerto.

Tadeo: ¿Crees que es una buena manera de empezar una plática importante, querido conde?

Ramírez: ¿Cómo?

Tadeo: Preguntarle a cada uno de los jurados que por qué era tan exitoso Marmolejo si su teatro es elemental.

Ramírez: ¿De esa manera?

Tadeo: ¿De cuál otra?

Ramírez: ¿Para qué?

Tadeo: Marmolejo lo hacía. Le preguntaba a otros por su peor enemigo, para ver qué opinaban de él.

Entra Marmolejo en silla de ruedas. Es un viejo con barba y lentes de intelectual. Calvo.

Tadeo: ¡Querido maestro! ¡Qué gusto verte tan bien como siempre!

Si algo le gustaba a Marmolejo, era justamente que le dijeras que se veía muy bien.

Marmolejo: Me hubiera gustado que me dijeras que me veo mejor que siempre, Tadeito.

Tadeo: Decirme Tadeito equivale a decirme pendejito.

Siempre que me dicen Tadeíto, me acuerdo de la tía Tema, que siempre estaba queriéndome tanto al son de la recitación: “Tema te ama”. Gracias querido Maestro, por traer a mi mente estas imágenes extraordinarias.

Y era allí donde yo me vengaba y le contaba la historia de la tía Tema y todo su currículum querendón. De cómo esa querencia la llevaba a otras hogueras, a otros lechos, y que la tía Tema nunca se casó, y sus hermanas y sus primas la compadecían por no haber amado cuando la tía Tema tenía más hombres en su pecho que cabellos en su pubis.

Marmolejo: Hijo, esa historia ya me la has contado muchas veces.

Tadeo: ¡Pues te chingas viejo pendejo! Eso lo decía para dentro, porque para afuera nada más decía: ¿Sí?

Marmolejo: Sí.

Tadeo: Perdón maestro.

Marmolejo: Yo te voy a contar una historia de verdad.

Tadeo: Y el viejo cínico me contaba cómo era que le regalaba pequeñas obras que había escrito y que sabía que no iban a funcionar, a sus amantes, o a sus prospectos de amantes.

Marmolejo: Es muy fácil. Pones el ojo en el blanco, sacas la máquina de escribir, disparas los dedos sobre el teclado y ¡pum! ¡No hay estudiante que no caiga muerto ante la carga explosiva de una obra de teatro disparada por el gran maestro

Marmolejo!

Tadeo: ¡Modesto, el viejo pendejo!

Marmolejo: Se sienten comprometidos contigo. Así que hasta por agradecimiento se terminan acostando contigo.

Tadeo: ¿Y no le da remordimiento?

Marmolejo: ¿Por qué? Soy muy respetuoso de las formas. Por ejemplo, ni uno menor de edad.

Tadeo: Me atreví a soltarle la pregunta. Aguantándome la náusea y fingiendo candor: ¿Pero no le da pudor?

Marmolejo: ¿Qué?

Tadeo: Ellos.

Marmolejo: ¿Quiénes?

Tadeo: La técnica de hacerse pendejo. Pues hagámonos pendejos: Ellos. Los muchachitos.

Marmolejo: ¿Por qué no les preguntas a ellos?

Tadeo: Marmolejo pronunciaba una gran sonrisa cada vez que hacía una pregunta con la que pensaba que te había chingado. Se veía todavía más desagradable de lo que era, pero él juraba que te había dado la gran lección de tu vida. ¿Entonces nada de remordimientos?

Marmolejo: Alguna vez cuando has estado entrado en la cogedera, ¿te han dado remordimientos?

Tadeo: Otra vez la gran sonrisa de profunda supremacía, enseñando los dientes chuecos. No. Claro que no, maestro. Sólo decía.

Marmolejo: A ellos tampoco les importa publicar esas obras con sus nombres.

Tadeo: ¿Y por qué me lo dice?

Marmolejo: ¿Qué?

Tadeo: Lo que se debería de quedar como un secreto. Porque si me lo dijo a mí, maestro, supongo que se lo dice a todo el mundo.

Marmolejo: Sólo a unos cuantos, Tadeíto. A los que me comprenden.

Tadeo: Claro, maestro, ¿pero a usted no le importa?

Marmolejo: ¿Qué?

Tadeo: Pues que ellos se acuesten con usted sólo por el interés de tener una gran obra suya.

A Marmolejo le gana la risa.

Marmolejo: Todos nos hacemos pendejos y todos ganamos. Ellos se aguantan el asco, y yo les doy a cambio una obra que voy a tirar a la basura.

Tadeo: ¿Entonces eso de su compulsión es cierto?

Se decía que Marmolejo tenía una gran necesidad de escribir todo el tiempo. Y que pues por lo mismo, escribía mucha bazofia.

Marmolejo: Dios quiera que con los años no me vuelva así como tú, sentimentaloides.

¡Por eso nunca vas a escribir bien, Tadeíto!

Marmolejo sale.

Tadeo: ¡Pinche viejo culero! ¡Ya quisiera escribir como yo! ¿No Ramírez?

Ramírez: Que quede claro que no le estoy dando por su lado. ¡Efectivamente, el maestro Marmolejo ya quisiera!

Tadeo: ¡Y también mis huesitos ya los quisiera!

Ramírez: Eso mejor no lo presuma, maestro.

Tadeo: Entonces, por lo que veo, no es una buena señal empezar hablando de Marmolejo.

Ramírez: Yo diría que mejor ni mencionarlo.

Tadeo: ¡Carajo! ¿Por qué el conde Ramírez no tiene ese talento que se merece?

¿Entonces de qué hablamos?

Ramírez: ¿Qué le parece si analizamos a cada uno de los jurados?

Tadeo: ¡Piensas en todo! Siempre he imaginado los vericuetos del cerebro de Ramírez como un laberinto de paredes construidas de plantas, con pasadizos floreados, y con todas las puertas abiertas para encontrar múltiples salidas. Tal vez por eso Ramírez no puede ser un buen creador. ¡Pero eso no es lo que yo necesito! ¡Así que el mundo se empezaba a postrar a mis pies! No tenía ni idea de por dónde, pero tenía en mis manos al que le daría una patada en el culo al universo en el remoto caso de que no me quisiera rendir reverencia. ¡Me dieron unas ganas terribles de echarme un whisky en las rocas!

¿Alguna vez, estimado y queridísimo Ramírez, te gustaría que yo te regalara una de mis obras?

Ramírez: ¿O sea cómo, señor?

Tadeo: Así, sin más. Una de esas obras que luego escribo pero que digamos mi currículum puede prescindir de ella.

Ramírez: ¿Cómo para qué?

Tadeo: Pues como agradecimiento por todo lo que has hecho por mí.

Ramírez: Pero usted me paga, maestro.

Tadeo: ¿Yo le pago a este señor? ¿Por qué le pago? ¿Cuánto le pago? ¿De dónde le pago?

Pues sí, Ramírez, pero imagínate...

Ramírez: ¿Y yo qué haría con la obra?

Tadeo: ¿Se está haciendo pendejo este cabrón?

Ramírez: ¿La montaría?

Tadeo: Creo que mi nombradía está lo suficientemente agredida como para que este señor con más conocimientos burocráticos que artísticos, monte una obra mía.

No, precisamente, Ramírez.

Ramírez: ¿Entonces?

Tadeo: ¿Le digo o no le digo? Chingue a su madre: ¡Le digo!

Para firmarla, Ramírez.

Silencio.

Tadeo: ¡Pinche silencio tan incómodo!

Silencio.

Tadeo: ¡Todo por una puta firma!

Silencio.

Ramírez: Me voy a permitir, con mucho pesar, declinar tan honrosa distinción, maestro.

Tadeo: ¿Qué le pasa a este mamón?

Ramírez: Porque no sería creíble.

Tadeo: ¡Pero si le pienso dar una de mis obras medio culeras, para que sea creíble! Eres genio y figura, querido Ramírez. Has pasado una vez más la prueba.

Ramírez: ¿Entonces no era en serio?

Tadeo: Una lluvia de flores cae de nuevo sobre el laberíntico cerebro de Ramírez. Con lo caliente de las neuronas, sobre las guirnaldas que adornan la entrada y salida del dédalo, se crea un vaporoso hálito de santidad. ¿Por qué alguien como Ramírez trabaja con alguien como yo?

Ramírez ríe.

Ramírez: ¡Claro! ¡Debo aprender sobre el juego de vocablos, querido maestro!

Tadeo: ¿De qué habla este chupatintas?

¿Y si procedemos?

Ramírez: Empecemos por Rómulo Velarde, querido maestro. La razón es porque es el que considero más amable, más fácil de tratar. Puede ser que usted pueda crear empatía con él, pues uno de sus talones de Aquiles es querer ser aceptado por los demás dramaturgos, y pues usted evidentemente es una puerta grande al mundo de las letras dramáticas. Considero por lo tanto que debe empezar con él.

Tadeo: ¿Tú no irías conmigo?

Ramírez: No lo considero conveniente, señor.

Tadeo: Bueno, pues vamos.

Ramírez: Tenemos que fijar el lugar y la hora más adecuados.

Tadeo: ¿Tanto pedo para una petición?

Y sí. Muchísimo pedo. Ramírez me pedía que lo citara en el Sanborn's. Según él, Velarde iba a agradecer mucho la invitación a un restaurante clásico.

Bueno, Ramírez, por lo menos que sea al de los azulejos.

Ramírez: Así es, maestro. Por lo menos. Creo que la gestión merece la pena.

Tadeo: ¿De qué me hablaba Ramírez? Como si fuera la gran cosa el dichoso restaurante. Pero además, cuando a Velarde le propuse vernos, primero le extrañó, porque jamás yo le había pedido reunirme con él. Yo hubiera querido que Ramírez hiciera la cita, pero me convenció de que no era lo mejor.

Ramírez: Mejor usted, maestro. Se van a sentir honrados.

Tadeo: ¿Tú crees?

Ramírez: Yo me sentiría así, maestro.

Tadeo: ¿Pero y el caché?

Ramírez: ¿Cuál caché, maestro?

Tadeo: Pues el que da cuando el asistente es el que llama para hacer la cita.

Ramírez: ¿Qué siente usted, maestro, cuando le habla el asistente de la secretaria de cultura?

Tadeo: La neta, la neta, pienso: ¡Qué señora tan mamona!

Ramírez: ¿Ya ve?

Tadeo: Le marqué yo. Me contestó. Lo tuve que ubicar, porque como que no se lo creía que era este Tadeo el que le hablaba. *(Al teléfono)* ¡Me va a dar mucho gusto verte Rómulo! ¿Desde cuando no nos vemos?

Por supuesto que ninguno de los dos recordábamos cuando había sido la última vez que nos habíamos visto, porque a ambos nos valía madre. Pero ahora la desgracia del teatro para bebés nos unía.

¡Estupendo tu proyecto, Tadeo!, me dijo. ¡Nos encantó a todos! ¡Nos parece tan necesario para ver si ya aportamos algo al desarrollo de esta sociedad!

¿Sí verdad?, le dije. Fue una larga reflexión la que hice para llegar a ese proyecto.

¡Se nota, Tadeo, se nota!

Yo feliz. Rómulo parecía que también. Yo convencido de que había que hacer teatro para bebés... Hasta que Ramírez me hizo ver que el motivo de la reunión con Velarde era solicitarle que me dejara cambiar el proyecto.

¿Y qué querías que le pinche dijera?

Ramírez: Ya sabrá Usted darle el giro. Pero con Fernando del Hoyo como con Lula Pedroza, habrá que pensar en otro argumento.

Tadeo: ¡Para eso te tengo, Ramírez! ¡Para que pienses argumentos!

Ramírez sonrió, ampliamente, como si lo hubiera magnificado. Como si de verdad hubiera estado acertado, porque cuando le propuse a Rómulo Velarde vernos en el Sanborn's de los azulejos, le dio una risita burlona.

¿Te gustan los molletes?, me dijo. Soltó la carcajada el cabrón. ¡Fíjate que a mí me los prohibió el doctor!, me dijo después que se recuperó de la burla. ¿Por qué mejor no nos vemos en San Miguel?

¿Eh? En San Miguel.

En la Cantina.

¡Claro en la cantina! Y remató en son de burla:

Es que los mezcales de allí fue lo que me recetó el doctor.

¿Este pendejo con ese sentido del humor tan chafa había ganado todos los premios?

¿Sabes dónde es?

¡Por supuesto!, le dije. Allá nos vemos.

¡Ramírez! ¿Donde vergas queda la Cantina San Miguel?

Ramírez se tardó un ratito, porque lo tuvo que investigar. Sólo lo escuchaba suspirar mientras buscaba, y eso no me gustaba nadita. Cuando Ramírez suspira demasiado, nunca son buenas noticias.

Ramírez: Maestro, queda en el mero corazón de La Merced.

Tadeo: ¿Tú has ido?

Ramírez: No, maestro. No acostumbro...

Tadeo: Se calló mejor. No quiso decir. Y yo no quise preguntar. ¡Putá madre!
¡Velarde me había citado a las 9:00 pm en uno de los lugares a los que yo no quería ir ni anestesiado.

Me gustaría que me acompañaras, querido conde.

Ramírez: ¿Cuándo es?

Tadeo: El martes.

Ramírez: ¿A qué hora?

Tadeo: A las 9:00 pm.

Ramírez: ¡No puedo, maestro! ¡Tengo un bautizo!

Tadeo: ¿Y eres el padrino, o qué chingados?

Ramírez me quiso convencer que, efectivamente, era el padrino, pero ante mi cascada de preguntas no pudo sostener la trápala y, a reserva de rescindirle el contrato, tuvo que acompañarme.

Llegó el día: Veo, camino. Frente a mí, hay un telón de luces amarillentas, aderezadas con un olor a deposiciones que aletargan la marcha. La vía sinuosa y pedregosa se apersona de nuevo en pos de mi mirada. Ahora es una lluvia ligerita la que le da el retoque al cuadro. Se vuelve adrenalítico el panorama. ¡Una tensa calma!, le alcanzo a susurrar a Ramírez, que maneja con velocidad de menos hasta volverse sospechoso.

Se atreve a contradecirme:

Ramírez: Eso de tensa calma no existe, maestro.

Tadeo: Tus afirmaciones te quedan mejor a manera de pregunta, Ramírez.

Ramírez sabe que cuando le digo a secas “Ramírez”, sin el “conde”, es porque algo no me gustó.

Ramírez: Corrijo, maestro: ¿No cree que eso de tensa calma es un falso adjetivo?

Tadeo: La tensa calma me carcome la tranquilidad. Siento que todos alrededor me ven. Siento que todos alrededor sienten que somos unos invasores extraños a los que hay que darles una dura lección con unos duros madrazos.

Por fin llegamos. Muy puntuales, cinco minutos antes. Entramos a la cantina de San Miguel. ¿No es una ofensa a la tropa celestial ponerle San Miguel a un muladar de estos? El lugar está a la mitad, y eso que es martes.

Ramírez: Para la borrachera no hay fecha, maestro.

Tadeo: Nos sentamos en una mesa. Viene un mesero. Pedimos un whisky y una cerveza. El whisky está muy flaco. Ramírez me dice que no está bien que él esté allí. ¿Y que yo esté sí está bien, pendejo?

¿Por qué, mi querido conde?

No me gustaría contradecir a Ramírez y que se fuera ofendido y me dejará sólo en medio de esa selva asfáltica. En esas situaciones, me invade el “lugarcomunismo”.

Ramírez: Pues porque ustedes dos van a hablar cosas muy privadas que no está bien que nadie se entere.

Tadeo: Pero de todos modos te vas a enterar. Yo te voy a contar.

Ramírez voltea a todos lados. Busca tal vez un escape. Los parroquianos nos ven cada vez con más dureza.

Ramírez: ¡Hágame caso!

Tadeo: Ramírez, por primera vez en su vida, me alzó la voz. Ahora sí, todas las miradas se nos clavan en la tatemala. Me paralizó. Ramírez toma su cerveza, se levanta sin piedad alguna, y se sienta en la única mesa libre que queda, que para más dramatismo, está al otro lado del muladar.

El mesero se lanza a mi mesa:

Mesero: ¿Todo bien?

Tadeo: Sí. Es que estoy esperando a un compa.

Mesero: ¿A un valedor?

Tadeo: Pues sí.

Lo puto norteño a veces no ayuda.

Mesero: ¿Y el otro señor?

Tadeo: Es que él nada más me trajo.

Mesero: ¿Es tu novio?

Tadeo: ¡No, claro que no!

Mesero: *(Se sienta en la mesa)* ¿Los odias?

Tadeo: ¿A quién?

Mesero: A los putos.

Tadeo: ¡No, tampoco!

¿Cómo le explico a este señor que tengo muchos amigos putos a los que quiero bien, pero que nada más no se me da la cosa sexual con ellos?

Mesero: Se me figuró. *(El Mesero se levanta)* ¿Algo más de tomar?

Tadeo: Otro whisky, pero ahora doble.

El mesero sale.

Tadeo: ¿Qué le pasa a este pendejo? ¡Me refiero a Ramírez! Me ve fijamente, desde el otro lado de San Miguel. Ya aprendió a mirar de manera ponzoñosa, como miran todos los que está aquí. Son las 9:20 y Velarde no llega. ¿Y si nos preparó una armadijo? Me tengo que tranquilizar. ¿Por qué nos querría chingar Velarde si prácticamente no habíamos cruzado palabra con él?

Regresa el mesero pero ya no dice nada. Sólo me avienta el Whisky, que de doble no tiene nada, y se larga.

¡Y de pronto, la entrada triunfal!

Llega el sujeto en cuestión. Tranquilo, como si entrara al lugar más seguro del universo. Va alegre. Todo mundo lo empieza a saludar, con mucho respeto. Como si hubiese entrado el mismísimo Don Corleone, pero con una jovialidad que da envidia. Parece un político llegando a la sede de su partido después de haber ganado las elecciones. ¡Casi lo levantan en hombros! ¡Casi le aplauden! Los meseros se pelean por atenderlo. Dos de los clientes, se levantan para dejarle una mesa. Él, condescendiente, les dice que ya lo esperan, que no se molesten, que les agradece mucho. Aunque Velarde no tiene el menor parecido con Luis Miguel, su entrada es como la del cantante a un club privado. Sonriente como hiena. Fácil se podría proyectar un video en sus blanco dientes. La quijada de Ramírez se prolonga hasta la superficie terrenal. Cuando Velarde llega a mi mesa, me levanto y lo abrazo, efusivamente. Es apremiante que todos se enteren que Velarde y yo nos estimamos mucho.

¿Cómo estás, querido maestro?

Dos meseros esperan a que nos terminemos de abrazar. Ya no sé si en actitud de “qué quieren tomar” o en actitud de “si lo está molestando este señor raro, jefe, lo sacamos a punta de putazos”.

Velarde es un tipazo. Porque no se sorprende, y me regresa el saludo como si de verdad hubiésemos ido a la primaria juntos, situación cronológicamente imposible, porque yo soy mayor que él.

Velarde: ¡Queridísimo y admirado maestro! ¡Qué gusto me da verte! ¿Qué quieres tomar? ¡Lo que sea!, ¿verdad, caballeros?

Tadeo: Ya estoy tomando un whisky, muchas gracias.

Velarde: ¿Qué es eso de whisky? ¡Este encuentro merece una “velardiña”!

Tadeo: Los meseros se dispersan por la “velardiña”. ¡Con las ganas que tengo de explorar bebidas extravagantes!

¿Cómo está la familia?

Velarde: ¿Mi familia, te refieres?

Ramírez: ¡Putá madre! ¡Nunca le advertí al maestro que no le preguntara a Velarde por la familia!

Velarde: ¿No supiste?

Tadeo: No, ¿qué pasó?

Velarde: Mis padres murieron en un incendio, mi hermana murió en un parto, y mi otro hermano de un ataque al corazón, súbitamente.

Tadeo: ¡De verdad lo siento mucho!

Velarde: Eso fue hace ya tiempo. No sabía que no sabías.

Ramírez: Sí sabía, pero no se acuerda, el pendejo del maestro.

Tadeo: ¿Y tu esposa?

Ramírez: ¡No! ¡Eso no!

Velarde: Soy gay...

Tadeo: No parece, pero eso no se lo debo de decir.

No parece.

Velarde: Pues eso dicen.

Velarde se pone serio. Creo que es momento de cambiar de tema.

Ramírez. ¿Y si entras al asunto que nos trae aquí?

Tadeo: De verdad me da mucho gusto verte, maestro.

Velarde: Pero no te preocupes, macho alfa, no eres mi tipo. Además como que debe de haber una conexión intelectual.

Tadeo: ¿Cómo?

Velarde sonríe ampliamente. Creo que no entendí.

Ramírez: El maestro no se acuerda que hace algunos años, Velarde, en una conferencia magistral, puso de ejemplo la obra del maestro como lo pretensioso dentro de lo grotesco. Es decir, Velarde odia las obras maestras del maestro.

El mesero llega con las “velardiñas”.

Velarde: Vamos al grano, querido maestro. Ya te quité mucho tiempo.

Tadeo: Arranquémonos, pues.

No deja de ponerme nervioso el sujeto este. Pero ahí voy.

Resulta que quisiera una moción en mi proyecto del Sistema de Apoyo a la Creación, querido maestro. Sé que propuse, por consejos tal vez no tan acertados de un amigo, escribir tres obras para bebés, pero después pensé que podría irme por la línea tradicional de mi dramaturgia, y escribir, digamos, algo para adultos, los mismos temas propuestos, pues, así, fuertes, dolorosos, donde yo pueda desplegar toda mi poética, mi construcción precisa de personajes, y conmover al público con.

Velarde me interrumpe.

Velarde: ¡Claro, maestro!

Silencio.

Tadeo: Se hizo un silencio.

Ramírez: Ahora resulta que soy un amigo y no un achichinle, y que no doy consejos certeros. ¡Culero!

Tadeo: ¿Claro?

Velarde: Debo de confesarte que tanto a la botarga esa de Del Hoyo como a Lula pestañitasdeprincesitafresa les encantó la idea de verte escribir cosas terribles para bebés, y eso les entusiasmó mucho. Pero si crees que vas a hacer un desmadre, como todo lo que haces, yo prefiero que regreses a tu línea tradicional.

Tadeo: ¿De veras?

A partir de allí tuve que aguantar las aventuras sexi-picosas de Velarde durante tres horas. Los clientes se empezaron a ir, y ya cerca de la una de la mañana sólo quedaba la mesa de Ramírez, que prácticamente paseaba por la tierra de Hipnos, y la nuestra. Velarde pedía y pedía. ¡Qué manera de beber, porque además nunca perdió la postura!

A la una en punto, como caído del cielo llegó el mesero y le dio la cuenta a Velarde. Él, delicadamente la deslizó hacia mí. Me quedaba claro que tenía que pagar yo. ¡Putra madre! ¿Qué bebió este señor? ¿Leche materna de ninfa? ¿Destilado de sudor de querubín? ¡Casi ocho mil pesos de cuenta!

Después de dar un tarjetazo me despedí de Velarde, con el deseo de no volverlo a ver en mi puta vida.

Ramírez: Nadie dijo que sería fácil, maestro.

Tadeo: ¡Pues sí, pero me chingó con ocho mil pesos este pendejo!

Ramírez: Véalo como una inversión, maestro. Lo bueno es que el SAC le va a dar más que eso.

Tadeo: Regresamos por esas calles siniestras de los contornos de La Merced. Siento que todas las cortinas de las casas, todas en el segundo piso, se abren a nuestro paso, y se informan entre ellos que hay unos forasteros, fáciles de asaltar, por los alrededores. No quiero pensar en eso.

¿Quién sigue, Ramírez?

Ramírez: Fernando del Hoyo.

Tadeo: ¡La botarga!

Ramírez: ¿Qué?

Tadeo: Así le dijo el culero de Velarde. ¡La botarga!

A del Hoyo no se le podía invitar tampoco a cualquier lugar.

Ramírez: Prepare otros ocho mil pesos, maestro. Al maestro Del Hoyo se le va a tener que atender muy bien.

Tadeo: Ramírez lo contactó. Quedamos de vernos en un restaurante de carnes de la Avenida de los Insurgentes.

Ramírez: Quiso ir al Cambalache, maestro.

Tadeo: ¡Putá madre, Conde, es carísimo! Creo que allí sí tú no vas.

Fernando del Hoyo, a diferencia de Velarde, llegó antes que yo, y eso que yo llegué temprano. Como buen alcohólico, ya había pedido un tequila y una cerveza.

Del Hoyo: ¿Cómo ves, maestro, si pedimos unas entraditas?

Tadeo: ¡Por supuesto, maestro! A mí me encantan las entraditas que te dan en el Cambalache.

Del Hoyo se ve gordo, abotagado. Más viejo que nunca. Decrépito. De la gloria que había sido, no queda mas que un abollado nombre. Su desesperación por no tener trabajo le ha descollado su vena corrupta. Arrastra la lengua al final de las frases,

para lograr este tono de intelectual de estirpe. Después de 45 minutos de hablar de otros intelectuales, mal, por supuesto, entramos en el asunto.

Del Hoyo: ¿En qué te puedo servir, maestro?

Tadeo: Mi proyecto del SAC.

Del Hoyo: ¿Metiste proyecto?

Tadeo: ¿Sería posible que Del Hoyo no lo hubiese leído? ¿Tendrá acaso un conde Ramírez que le haga la talacha? ¡Yo por eso no acepto ser jurado de nada! ¡Luego uno los declara desiertos, y allí andan cortándose las venas... o queriendo matar a los jueces!

Claro, maestro. Escribir tres obras de teatro para bebés, ya sabes, con temática fuerte, de esa que acostumbro.

Se hace un silencio.

Silencio.

Luego Del Hoyo suelta una risita burlona. Pero la reprime inmediatamente.

Del Hoyo: ¡Claro, maravilloso proyecto! Al putete ese de Velarde y a la comemierda de Lula también les encantó.

Tadeo: Se ve que este jurado se quiere mucho.

Del Hoyo: A mí también, por supuesto. Tengo mucha curiosidad cómo es que tu pluma va a escribir tres obras para bebés, y con temas fuertes, ¿no? Hasta donde recuerdo.

Tadeo: ¡Este cabrón no leyó ni madres!

Pero además pienso dirigir por lo menos una, maestro.

Del Hoyo: ¿Eso viene en el proyecto? ¿Que vas a dirigir una?

Tadeo: No. Es nada más por buena voluntad.

Si seré pendejo. Aquí, como chamaco. Queriéndome comprometer de más para ver si convenzo al jurado.

Del Hoyo: ¿Qué te parece si pedimos una entraña? Por ejemplo, ésta, de 1200.

Tadeo: ¿1200 gramos? La podemos compartir.

Del Hoyo: No. 1200 pesos, y no la comparto con nadie.

Del Hoyo festeja su “chiste” con una carcajada.

Tadeo: Gandalla como siempre, el cabrón. Ya con ese tufo de alcohólico, a sufrir sus chistes pedorros. Lo tengo que aguantar una hora más, escuchándolo hablar mal de sus íntimos amigos, y queriendo congraciarse conmigo, estrategia que se vuelve sospechosa.

¿Y entonces, maestro?

Del Hoyo: ¿De qué?

Tadeo: ¿Podré cambiar el proyecto?

Del Hoyo: No.

Tadeo: Así, contundentemente, me dice que no.

Del Hoyo: No.

Tadeo: En ese momento, como coreografiado, como si lo hubiera ensayado con el mesero, éste llega y me da la cuenta. No vaya a ser que me vaya a ir sin pagar. A la hora de la hora resulta más barata: cuatro mil ochocientos pesos.

¿Hay alguna alternativa para que cambies de opinión, maestro, y me des el sí?

La frase suena ridícula. Como si le estuviera declarando mi amor a una mujer. Aunque Del Hoyo, ya por los años y porque desde hace tiempo decidió rasurarse el bigote, tiene cara de mujer. La decrepitud la sigue manteniendo. La idea de declararle mi amor a esa cosa amorfa me revolvió el estómago.

Del Hoyo: No.

Tadeo: Bueno, pues gracias, maestro. (*Tadeo se levanta y se aleja*)

Siento su sonrisa en mi nuca. Quiero huir de ese lugar. La humillación ha sido devastadora. Y cuando estoy a punto de desaparecer de su vista.

Del Hoyo: Pensándolo bien...

Tadeo se detiene y regresa.

Del Hoyo: Sí hay algo que puedes hacer.

Tadeo: Dime.

Del Hoyo. Te lo autorizo, pero me das las tres primeras mensualidades.

Tadeo: ¡Noventa y seis mil pesos quiere este cerdo inmundo!

Ramírez: Lo bueno es que la rebajaron, así que ese corruptazo sólo se va a llevar la mitad.

Tadeo: Me parece un buen trato, maestro. Justo.

Del Hoyo: ¿Verdad que sí?

Tadeo: Sonríe y pide un digestivo. ¿Qué hago? ¿Me quedo a pagarlo? ¿O mando a la chingada a esta bola de mierda?

Ramírez aparece de la nada. Me saca de allí.

Ramírez: Traigo pésimas noticias, maestro.

Tadeo: ¡Putra madre! ¿Y ahora qué?

Ramírez: Velarde...

Tadeo: ¿Se rajó? Pero si ya tenía dos en la bolsa.

Ramírez: Pues sí, de alguna manera se rajó.

Tadeo: ¡Ya dime, cabrón! ¡No la juegues al misterioso!

Ramírez: Se murió.

Tadeo: ¡No mames! ¿Cuándo?

Ramírez: Ayer.

Tadeo: ¿Qué le pasó?

Ramírez: Infarto fulminante.

Tadeo: ¡Putra madre! ¿O sea que el puto de Del Hoyo sabía y no me dijo?

Ramírez: No sabemos si sabía. Porque parece que no se entera de mucho en su permanente beodez.

Ramírez: Pero esa no es la peor noticia.

Tadeo: ¡Había una peor! Y también hay algo en la cara de Ramírez. Como que disfruta al soltar las malas noticias.

¡Espétala!

Ramírez: Me preocupa.

Tadeo: Yo respeto tu espeto, conde. ¡Vas!

Ramírez: El sucesor de Velarde en el seguimiento de su proyecto, maestro, es nada más que Antonio Vega.

Tadeo se pasma.

Tadeo: Se mueven todas las esquinas del mundo como si fueran olas del más profundo mar. La vida se convierte en una montaña rusa de las más culeras, que nunca asciende, cuya ausencia de subida no nos permite descansar ni prepararnos para los putazos. Me mareo un poco. Sé que algo me pasa, pero no me puedo mover. Mi cuerpo reacciona pero mi espíritu lo mantiene estático. La nuca me suda.

¿Cómo dijiste, Ramírez?

¿Vega?

Ramírez: Antonio, sí.

Tadeo: ¿Y tengo que negociar con él?

Ramírez: Sí.

Tadeo: ¡No mames, Ramírez! ¡Ya valió madre!

Ramírez: Hagamos una cosa. Primero vea a Lula Pedroza, y si le saca el apoyo, pues ya habla usted con Toñito.

Tadeo: ¡Es tal la inquina en el medio por Antonio Vega, que hasta Ramírez, que es todo propiedad, le dice Toñito!

¡Eres un genio, chingada madre, Ramírez!

Ramírez: Lula Pedroza nos cita en la condesa, maestro.

Tadeo: ¿Aparto otros cinco mil pesos?

Ramírez: Por si las dudas, aunque ella me aclaro por teléfono que cada quién paga su cuenta.

Tadeo: ¿Pues no que muy “piquis” la morra?

Ramírez: “Piquis” no significa que le tenga que pagar la cuenta a ella, maestro.

Tadeo: ¿Y qué dijo entonces?

Ramírez: Que lo ve mañana a las 11:00 am en el Blend Station.

Tadeo: ¡¿Por qué a las 11:00 Ramírez!?! ¡¿Aceptaste?!

Ramírez aceptó en mi nombre, amable como es él.

El Blend Station es un lugar, efectivamente, muy piquis en una colonia aspiracionista en la Ciudad de México que se llama Condesa. El Conde Ramírez debería de vivir allí, pero es un conde romántico, que le gusta trabajar de organizavidas de un dramaturgo al que Plutus, el dios de la riqueza, ha golpeado mucho. Ramírez no se queja de eso. Yo digo que debería, pero nada más me lo digo a mí, para no dar ideas.

Llegamos al lugar en cuestión media hora antes, porque quiero reconocer el lugar. Mis nervios están crispados desde que me enteré que tengo que citar y convencer también a Antonio Vega. El lugar es verdaderamente “fashion”. Tiene un árbol en medio de la mesa principal, que es larga, alta, como para albergar a varios bebedores de café. Los techos también son altos, con jardineras colgantes y vegetación en los rincones. ¡Un lugar ideal para las poses de Lula Pedroza!

Ramírez, Crees que cuando Lula Pedroza coge, ¿conserva las poses?

Ramírez: No lo sé, maestro. Mi imaginación ni da para eso, ni quiere imaginarse a la maestra Pedroza en esas lides. Por lo pronto, lo espero afuera, maestro. Ya sabe que no conviene que...

Tadeo: ¡Ya, ya! No me lo necesitas decir mil veces.

Ramírez sale y Tadeo se sientan en una mesa apartada.

Tadeo: Llegó un señorito que casi no hablaba. Me ofreció la carta, que no entendí. Yo, como si no hablara, le señalé la foto del platillo que más me latió.

Tadeo saca una taza de sus ropas.

¡Y entonces llega Lula Pedroza! ¡Igual que el difunto Velarde en la cantina de la Merced! Abriendo plaza con su caminar seguro, sus lentes oscuros ridículos, y su porte de triunfadora.

¡Maestra! ¡Qué gusto verte!

Lula: ¡El placer es mío, Tadeo! ¿Te puedo llamar Tadeo?

Tadeo: ¡Claro que sí, Lula!

Lula: Maestra está bien.

Tadeo: Claro, siempre es preciso marcar la distancia, cuando uno sabe que le van a pedir un favor.

Lula: ¿Supiste lo de Velarde?

Tadeo: Sí...

Lula: Una verdadera tragedia. ¡Era un buen hombre! Aunque dicen que era gay...

Tadeo: Y de allí se suelta hablando como 45 minutos sobre la vida de Velarde y sobre la condición de ser gay. Sobre esas decisiones tan “extrañas” que toman las personas así. ¡Y luego esa manía que tiene de conectarlo todo con los personajes griegos! ¡Dios Santo! Lula Pedroza es homofóbica. ¡Qué homofóbica! Eso es una manera amable de decirle. ¡Pendeja es mucho!

Sí. Un hombre talentoso, y que vivió la vida con pasión.

Lula: Era más joven que tú, ¿verdad?

Tadeo: Sí. Mucho.

¡Aguanta a esta pendeja, Tadeo!

Lula: Bueno, ¿en que te puedo ayudar, querido Tadeo?

Tadeo: Quierocambiarelproyectedeteatroparabebesparahacerteatroparaadultos.
¡Me urge desocuparme de esta señora!

Silencio. Ramírez se asoma.

Ramírez: ¡Y que se hace una tensa calma!

Lula: A ver, Tadeíto, ¿quieres decir que te aprobamos un proyecto y quieres hacer otro?

Tadeo: Técnicamente... sí.

Lula: ¿Y por qué desde el principio no metiste el proyecto que querías hacer?

Tadeo: ¡Ni modo de decirle que nunca hago esas mamadas! ¡Para eso está el conde!

Pues seguramente te ha pasado, Lula...

Lula: Maestra.

Tadeo: ¡Eso!... Maestra... Te pasa que luego cambias de opinión cuando el proceso creativo nos inunda.

Lula: Pero si tú no has empezado a elaborar el proyecto, ¿no

Tadeo: La pinche vieja me atoró.

Lula: No estaría mal que cambiaras las temáticas, Tadeíto. Pero el teatro para bebés me parece necesarísimo en el desarrollo de nuestra cultura. ¿Qué opina Fernando del Hoyo de esto?

Tadeo: Está de acuerdo.

Lula: ¡Seguramente le diste un tequila y con eso se dio, el puto cerdo ese.

Tadeo: Primera vez que escucho a Lula Pedroza decir una grosería.

Lula: ¿Y Antonio Vega qué dice?

Tadeo: Todavía no hablo con él, ¡Pero Velarde ya aceptó!

Lula: ¡Ese cabrón no cuenta! ¡Ya se murió!

Tadeo: Segunda peladez de la piquis. ¡Creo que vamos avanzando!

Lula: Pero bueno, tú qué culpa tienes. Así que acepto.

Tadeo: Siento que un calorcito sabroso sube por mis mejillas. Parecía más difícil la misión.

Lula: ¡Será todo un acontecimiento leer una obra para bebés del gran Tadeíto. ¡Qué digo una, tres!

Tadeo: ¡No! ¡Era al revés!

Lula: ¿Cómo?

Tadeo: Conservar los temas... y escribir para adultos.

Lula: ¡Eso lo hace cualquiera!

Tadeo: Ahora es un frío oscuro el que me invade el cuello, la nariz, las cavidades oculares... Y apenas alcanzo a susurrar:

¿sí?

Lula: Pues mira, no estoy de acuerdo, pero si Del Hoyo y Vega aceptan, le entro. Me entusiasmaba la idea de que hicieras algo para bebés, con esos temas tan... ¿Cómo decirlo?... Pues así... tan... ¿burdos?... Aunque tampoco se trata de perjudicar a alguien como tú.

Tadeo: ¿Cómo?

Lula: Pues así, de la tercera edad.

Tadeo: Tengo 54 años, maestra.

Lula: ¿Pero cómo?

Tadeo: ¡Y de allí se agarra para contarme lo que ella piensa de la edad, y de la evolución del cerebro y del corazón, dos cosas que, dice, no pueden ir separadas! ¡Nuevamente, y de manera forzada, lo liga con los personajes griegos!

El señorito que nos atiende le trae cafés exóticos y pastelitos estrambóticos. La cuenta sube estratosféricamente. Supera seguramente los mil pesos, y yo nada más tomé un café americano. Por fin, después de una sarta de frivolidades, pido la cuenta. Efectivamente, son mil 80 pesos. Pero ella, como bien lo argumentó, no me deja pagar. Insisto. Me amenaza. Cedo.

Lula: Yo pago mil veinte, y tú sesenta de tu café. Mas seis pesos de propina. Hay que ser generoso y dejar el 10 por ciento.

Tadeo: A esos les dicen cuentachiles aquí y en China.

Ramírez consideró un verdadero éxito la reunión con Lula Pedroza. Yo no estoy tan seguro de eso.

Ramírez: Ya nada más nos falta Vega, maestro. Yo creo que es el más difícil, pero la buena noticia es que nos citó en su oficina.

Tadeo: ¿El señorito Vega tiene oficina?

Ramírez: Siempre ha tenido, maestro.

Tadeo: No estoy tan seguro de que haya sido una buena noticia estar en el terreno de Vega. A Ramírez le parecía buena, porque ya no iba a invertirle dinero a la cuenta, pero eso le daba cierta superioridad a Vega. Asunto que siempre necesita mucho reforzar, porque le duele en el alma ser de baja estatura... ¡y feo!

Tadeo: Hace mucho que no lo veo, conde. ¿Sigue igual?

Ramírez: ¿Igual cómo?

Tadeo: Pues... así... mamonsísimo.

Efectivamente yo tenía la esperanza de que, con la edad, se hubiera suavizado un poco.

Ramírez: Sí. Igual. O peor. Acentuado con la edad.

Vega: ¿Qué pasó, eh? ¿Todo bien?

Tadeo: ¿Ahora habla como Luis Miguel?

Vega: Me dijo ese sobrinito que te cargas, que querías hablar conmigo.

Ramírez: ¿Sobrino yo? ¿Ya quisieran?

Tadeo: ¿No te quito mucho tiempo?

Vega: ¿Es pregunta?

Tadeo: Pues, sí.

Vega: No, adelante.

Vega empieza a hojear documentos.

Tadeo: Pues fíjate que me gustaría cambiar mi proyecto.

Vega voltea a verme con una mirada de juez incorruptible de la Suprema Corte de la Haya. Como si le estuviera pidiendo algo verdaderamente terrible. Más bien creo que lo que quiere ocultar, son las ganas de decirme: ¡Te tengo, viejo pendejo! Aunque él es más viejo que yo. Disfruta mucho que le deban favores, porque así tiene la oportunidad de cobrar.

Vega: ¿De qué proyecto me hablas?

Tadeo: ¿Se está haciendo pendejo?

Del del Sistema de Apoyos a la Cultura.

Vega: ¿Y qué tiene?

Tadeo: ¡Putá! Este buey tampoco ha leído mi proyecto. En cuanto me vaya, va a correr a leerlo. ¡Salió peor!

Propuse escribir una trilogía de teatro para bebés.... Con temas, digamos, no muy propios.

Silencio. Vega primero suelta una risita y la reprime. Luego otra vez, hasta que no puede reprimir absolutamente nada, y se ríe a carcajadas.

Tadeo: ¡De plano la vida es culera!

Vega se deja de reír de golpe.

Vega: ¡No!

Silencio.

Tadeo: ¿Cómo?

Vega: ¡No!

Tadeo: ¿No quieres escuchar mis argumentos?

Vega: ¡No!

Silencio.

Tadeo: Pues... gracias.

Vega: Ya sabes, estoy para servirte.

Tadeo: Y el cabrón logra a medias reprimir su alegría.

Ramírez: ¿Entonces fue no?

Tadeo: ¡Pues sí!

Ramírez: ¿Y qué le vamos a decir a Lula Pedroza?

Tadeo: Nunca pensé que fuera a extrañar a Rómulo Velarde.

¡Pero además, Ramírez, ya me comprometí a montar una de las obras!

Y entonces, Ramírez, en un acto de absoluta sinceridad, suelta la sentencia.

Ramírez: Si las obras normales las desmadra todas cuando las dirige, maestro, imagínese las obras para bebés.

Tadeo: ¿Por dónde empiezo, Ramírez?

Ramírez: Olvídense ahorita del asesino serial y del enano y de la prosti. Supongo que lo primero que hay que hacer es pensar en una no-historia.

Tadeo: ¡Eh!

Ramírez: Sonidos refrescantes, estímulos magnánimos, colores garbosos, buenas vibras...

Tadeo: ¿Y eso cómo se hace? ¡Seguramente el dramaturgo debe tener un alma pura!

Ramírez: No.

Tadeo: ¡Me caga cuando Ramírez sonríe de esa manera, con una risa de satisfacción! ¡Como si me hubiera ganado en una competencia feroz!

¡A ver, a ver! Eso no me dice nada.

Ramírez: ¡Maestro! ¡Debe de entrar en estado de gracia! ¡Debe encerrarse para protegerse del numen maldito! ¡Y verá que saldrá!

Tadeo: Piensan que ayudan mucho alabándolo a uno. Diciendo que uno es la quintaescencia. Lo único que logran con eso, es que uno se cague más, y que uno se bloquee.

Ramírez, ¿dónde me aconsejas?

Ramírez: Tengo un amigo que me debe un favor, porque lo caché con la amante.

Tadeo: ¿Tienes tiempo de cachar amigos con amantes?

Ramírez: Tiene una casa en Rosarito, aislada. No llega nadie allí.

Tadeo: ¿Dónde chingados es eso?

Ramírez: Un pueblo tranquilo, con mar, donde no te van a molestar. Cerca de Tijuana.

Tadeo: ¿Pero si me voy a Rosarito no me aleja de todos estos genios?

Ramírez: De eso se trata, maestro, de eso se trata.

Tadeo: Y entonces que agarro camino hacia Rosarito. Pero antes convencí a Ramírez de que se fuera conmigo. En realidad, no lo convencí, más bien lo obligué, so pena de despedirlo. Fiel hasta el tuétano el mentado conde, porque sin ninguna necesidad, ahí va.

¡Pero no me hables, conde! Hasta que yo te lo pida.

Ramírez: No pienso encerrarme, maestro. Mientras usted rompe con todos los paradigmas del teatro para bebés, yo me dedicaré a traer las viandas y a aspirar el aire puro que nos da el mar.

Tadeo: ¡Pinche Ramírez! ¡Cursi empedernido hasta la tumba!

¡La tumba! Así se podría llamar la obra.

Ramírez: Podría, maestro. ¿En alusión a qué?

Tadeo: Desde hace algún tiempo traigo una idea de un personaje que, en su tumba, entiende la esencia de la vida... ¡Y allí está la paradoja, conde! Que hasta que nos morimos, entendemos la vida.

Ramírez: A diferencia de mi mamá y mis tías, yo pienso que la muerte es similar a cuando se apaga la luz. Así. Un click, ¡y hasta la vista, baby!

Tadeo: ¡Yo también, Ramírez! Pero tenemos que hacernos pendejos y creer que hay cielo e infierno, para que la ficción exista. Si no... ¿de dónde sacamos la fábula?

Ramírez sonríe estúpidamente.

Tadeo: Cuando Ramírez sonríe estúpidamente, sé que le gustó, pero no sé si entendió. Mientras tanto, agarramos un avión a Tijuana, y de allí por tierra, a Rosarito. Después al encierro voluntario que impone la creación.

Ramírez: ¿Entonces no es tan voluntario, maestro?

Tadeo: La voluntad de Ramírez es la que me sorprende. La casa en la que me pienso enclaustrar a lo menos por dos meses, es perfecta. Con una pequeña salida a la playa, podré caminar todas las mañanas viendo a los cangrejos huir del sol y del ser humano. Debo de crear una rutina para que salga esta chingadera de la obra para bebés. ¡Qué chingadas ocurrencias, carajo!

Ramírez: Va, maestro. Ya le cree su rutina: Uno: Se levanta a las 6:00 de la mañana. Dos: Se va a caminar a la playa. Regresa a las 6:40. Tres: Se mete a bañar. Cuatro: desayuna a las siete. Cinco: Se pone a escribir. Diez cuartillas mínimo. Seis: Come a las dos. Siete: Se echa una siesta de 15 minutos. Ocho: Revisa a conciencia las cuartillas escritas. Nueve: Ve el atardecer. Diez: Me lee el trabajo del día.

Tadeo: ¡Cabrón Ramírez! ¡Quiere invadir mi proceso creativo! Pero su idea no suena nada mal. Como idea, porque como práctica, valió madre. El día anterior a empezar, nos hemos puesto una peda que me fue imposible levantarme a las seis de la mañana. Y ya todo el plan se retrasó. Escribí mis primeras dos cuartillas como a eso de las tres de la tarde.

Ramírez, los conflictos de los bebes son dos: comer y cagar.

Ramírez: ¡Usted siempre tan aristotélico, maestro! En realidad esos no son conflictos, porque generalmente comen y cagan muy bien. No tienen problema para eso.

Tadeo: ¿Estás insinuando entonces que escriba la historia de un bebé estreñado?

Ramírez: Y que por eso se convierte en un asesino serial.

Tadeo: ¡No mames!

Ramírez hace como que no me oye, y se va. ¡Putá madre! ¡No tengo ni la menor idea de cómo empezar! Ramírez regresa con un DVD.

Ramírez: ¿Conoce a los Teletubbies, maestro?

Tadeo: No los conocía, pero el conde se encargó de presentármelos. Son unos monos orejones, con unas botargas de colores cuyo mayor pedo es tirarse por un hoyito y soltar un grito agudo más falso que un parlamento escrito por Marmolejo. ¡Lo único chingón es el sol con cara de niño que se supone es su amigo, pero que se ve de terror!

¿Y eso qué, Ramírez?

Ramírez: Pues para que se dé una idea.

Tadeo: ¿De qué?

Ramírez: Pues de eso.

Tadeo: ¿De qué?

Ramírez ya no pudo decir más. ¡Es una reverenda mamada!

Los siguientes dos meses seguí la rutina propuesta por Ramírez. ¡Y al fin salió la primera obra! ¡En dos meses! ¡Más el mes que había perdido en entender lo que tenía que hacer! Había invertido nada más tres meses. Me sobraban nueve para no hacer ni madres. Sólo disfrutando de mi beca.

Ramírez: ¿Por qué no escribe las otras dos obras, maestro? Así se desocupa. Ya escribiendo la primera, las otras dos salen fácil.

Tadeo: ¡A huevo! ¡Y así me desocupo en chinga! ¡Y me dedico a cobrar por dos años y medio sin hacer nada.

Ramírez: Recuerde que se comprometió a montar una de las obras.

Tadeo: Me viene ese puto sudor frío que remata en un hueco en el estómago.

¿Yo hice eso?

Ramírez: Pues sí.

Tadeo: ¿Y de donde vergas voy a sacar a los actores?

Ramírez: Hay muchos actores que matarían por trabajar con Usted.

Tadeo: ¿Neta?

Ramírez: ¿Acaso lo duda, maestro?

Tadeo: De pronto se le sale lo clásico al mamón de Ramírez.

¿Desde cuando los bebés están interesados en actuar conmigo?

Ramírez: ¿Cómo?

Tadeo: ¿Cómo se hace un casting con bebés?

Ramírez: ¿Los personajes son bebés?

Tadeo: ¡A huevo!

Ramírez: Pero los que deben ser bebés son los espectadores.

Tadeo: ¡Eso ya lo sé! ¡Si no soy pendejo! Pero a los bebés espectadores no les interesa ver a un adulto haciéndola de bebé. ¡Ellos quieren ver bebés!

Ramírez: ¡Pero eso no se puede, ilustrísimo maestro!

Tadeo: ¿Qué no se puede?

Ramírez: Pues que los bebés actúen.

Tadeo: ¿Y sí se puede que sean espectadores?

Silencio largo.

Tadeo: Ramírez ahora sí no supo qué decir. Se abismó. Aunque su cuerpo estaba aquí, su mente construyó otro cuerpo que cayó a un barranco profundo, oscuro, húmedo, tal vez hirviente. Por primera vez lo vi con los ojos llenos de agua. Algo se le había movido. ¡A ese ser, aparentemente insensible, cualidad que lo hacía eficaz de más, se le movió algo en el hipotálamo!... Huyó.

¡Ramírez, espérate!

Ramírez se perdió durante 24 horas. Tiempo que me sirvió para reflexionar que la había cagado. Así que hice un añadido: Al principio, cuando describí a los personajes-bebés, puse una aclaración de que debían ser representados por actores adultos. Después de hacer eso, tuve un ataque de inspiración, y empecé a teclear la segunda obra. En lugar de repasar las teorías aristotélicas, me fui a buscar libros y manuales de estimulación temprana. Llené la obra de momentos en los que los actores, vestidos con atuendos infantiles, realizaban ejercicios de estimulación temprana con el respetable público. Había también música como de órgano eléctrico, muchos papelitos de colores y palabras ininteligibles que se movían entre los cuerpos de los actores. Todo empezó a cobrar sentido. Sobrecargué el texto de

didascalias, y todo se volvió vistoso, alegre, con una vida que ni en mis mejores momentos había tenido. Cuando Ramírez regresó, me encontró comiendo un chocolate, embarrado hasta la coronilla, ¡y feliz!

Ramírez: ¡Maestro!

Tadeo: Dime, Ramiritos.

Ramírez: ¿Se siente bien?

Tadeo: ¡Mejor que nunca!

Ramírez: ¿Puedo hacer algo más por Usted?

Tadeo: ¿Ya te pasó la catarsis?

Ramírez: Sólo vengo a despedirme.

Tadeo: ¿A dónde vas?

Ramírez: Me regreso a la Ciudad de México.

Tadeo: ¿Así nomás?

Ramírez: Me temo que debo renunciar.

Tadeo: ¿Por qué?

Ramírez: Así no sirvo, admirado maestro. No es Usted, soy yo.

Tadeo: ¿Quieres leer la segunda obra?

Ramírez: ¿Ya la escribió?

Tadeo: Se trata de un niño que logra hacer, después de intentarlo de diversas maneras, el “tumbado boca arriba”.

Ramírez llora.

Tadeo: ¿Verdad que es emocionante?

Ramírez llora.

Tadeo: ¿Qué te pasa, ilustrísimo Conde?

Ramírez: No lo medí, maestro. ¡Nunca me lo voy a perdonar!

Tadeo: Si de algo, sirve, quiero que sepas que me siento muy en paz.

Ramírez: Eso lo empeora todo.

Ramírez se va.

Tadeo: Y se fue. No lo volví a ver. Como a los tres años, supe que había muerto. No estaban muy claros los motivos. Unos me dijeron que tenía cáncer, otros que depresión, pero los más confiables decían que se había dado un tiro. Ramírez podía ser tenebroso.

Yo también volví a la Ciudad de México, pero para despedirme de algunos conocidos. Amigos ya no tenía muchos. Me vetaron del Sistema de Apoyos para la Creación, porque aunque escribí tres obras para bebés, no cumplí con las especificaciones. Eran demasiado para bebés, me dijeron. No los pude convencer de que el espíritu de la creación se manda solo.

Ahora vivo en Rosarito. Vivo de dar clases de teatro a niños de doce a diecinueve años. Salvo alguna adaptación de Romeo y Julieta para adolescentes, no volví a escribir nada, aunque el gusanito de escribir una versión de Macbeth para bebés, no me ha abandonado. Tal vez por eso no dejo esto para siempre.

Se oye el sonido del mar, como si fuera una gran cobija que protege a Tadeo de las inmediateces. La respiración del dramaturgo es apacible. El sonido del mar se confunde con "Gott, welch Dunkel hier!" de la ópera Fidelio, de Beethoven mientras se hace el

Oscuro Final

Ciudad de México, 26 de noviembre de 2021